

El veneno del tiempo

La perspectiva del paso de los años es notoria en la poesía de **Felipe Benítez Reyes**

Lauren García

El paso del tiempo, ese animal indestructible, ha dejado siempre su estela en la poesía de **Felipe Benítez Reyes**. “Un mentido color” vuelve a mostrar de forma categórica este aspecto de su trabajo, sin excusas ni evasiones. Si en libros como “El equipaje abierto” se canta a la juventud perdida, aquí se abre a la edad del descreimiento.

La extrañeza de haber pasado ya buena parte de la vida se convierte en un asombro literario que requiere de justificaciones para seguir caminando, las preguntas al trasluz develadas en medio del trayecto: “Sin rumbo el corazón / en la noche indecisa / de quien busca un sentido a su fluir / y de pronto concibe / el himno resonante que celebra la vida / o la elegía veloz / que viaja de un ayer hasta ahora / con su retórica del daño”. La mar dejará de ser ensoñación pretérita para alzarse como una fuerza autoritaria y dominante. La nieve, como en los primeros poemas del escritor de Rota, volverá a transmitir la fugacidad de los días, el alma con que el reloj nos somete. Un paisaje bastará para interpretar todo ello.

Los personajes arquetípicos que cir-



Felipe Benítez Reyes. | Marcos León

El poeta de Rota se abre a la edad del descreimiento en su último libro



Un mentido color

Felipe Benítez Reyes

Visor
77 páginas
22 euros

El antídoto de mamá contra el olvido

“Una casa llena de gente”, de Mariana Sánchez

M. S. Suárez Lafuente

La primera novela de esta escritora bonaerense nos transporta, de manera detallada y minuciosa, a la vida diaria de una comunidad de pocos vecinos que conviven en un edificio de clase media denominado familiarmente “el castillito”. La acción se reduce al ámbito de tres familias, la de la narradora, Charo, la de la lánguida Silvina en el mismo rellano y la familia de su amiga Vicky en el piso de arriba.

Si bien es Charo, ya adulta, quien organiza todas las voces, la novela es polifónica. La caja de cartas, fotos y vídeos que la madre de Charo le legó al morir es la que estructura los acontecimientos acaecidos en la aún cercana adolescencia de Charo y Vicky. Las opiniones y las reminiscencias de los diferentes personajes se intercalan cada vez con más frecuencia y con párrafos más cortos a medida que vamos entrando en la vida de la comunidad.

Granny, la abuela materna medio inglesa de la narradora, con su peculiar lenguaje cuajado de palabras y frases en inglés y una tendencia a cri-

ticarlo todo, se refiere al edificio como “the sandcastle”. Nos da así las claves del ambiente marco de la novela: un castillo de arena, que luce interesante recién terminado y se desmorona poco a poco con el tiempo y el embate de las olas.

Las olas son aquí rumores, querencias y malquerencias, críticas solapadas y medias verdades, pero, sobre todo, la insatisfacción con la propia vida, con la rutina y las obligaciones. Todo esto va creando un ambiente de hostilidad que cristaliza en una posible aventura amorosa entre vecinos que supondría también una traición entre amigas; episodio que es magnificado por el suicidio de una tercera persona implicada.

Las dudas sobre lo que sucedió o no se acrecientan con el tiempo, lo que no ayuda a mantener una buena vecindad: “Los vi. Al menos en ese momento yo dije que los vi. Creo que sí que los vi. Puedo creer que los vi, me parece que sí”. La respuesta está encerrada en la caja que Leila, la madre de Charo, deja para la posteridad, cuyo contenido descubrimos a medida que leemos.



Una casa llena de gente

Mariana Sánchez

Impedimenta
231 páginas
21,50 euros

Las olas son aquí rumores, querencias y medias verdades

culan por la literatura de Benítez Reyes, nombrados con claves inteligentes que ejecutan la realidad y toman potestad literaria, están también muy presentes en el libro: “El repartidor a domicilio ejerce de Mercurio / en su moto que suena como una gran carroza / de hierro atormentado”. Otro personaje será **Bernardo Soares**, heterónimo de Pessoa, recreándolo con maravillosa verosimilitud y belleza. El teclear de la conciencia de sentirse humano. También recurrirá el escritor andaluz a personajes como **Ezra Pound** para dibujar con agudeza la demencia de lo que muere casi sin sentido. “He visto a Pound durante un segundo / con los ojos que están fuera del tiempo, / y el roce de las aguas con la piedra lamida”, escribe.

Juegos de palabras y metáforas servirán perfectamente para ejemplificar el “tempus fugit”. Incluso la nostalgia llega a parecer lejana. Pero el pasado es intocable, tesoro que, acumulado, logra “la sabiduría contenida en el cansancio del vivir”. Hay un sentimiento de pertenencia que declina en la pérdida: “La mar que era mi mar, / sus alas rotas”. Para contrarrestar lo imperdonable del tiempo, y “Frente al jardín helado que cultiva la nada”, se edificará un bello recuerdo, como sucede en “Silvia”.

El dominio de la poesía le sirve a Benítez Reyes para escribir una variación de un poema a partir de un verso o dejarnos sumidos en la perplejidad lectora. Valores muy notables de esta tremenda e indescifrable elegía.

Pero hay otro tema fundamental en esta novela: la literatura como metáfora sostenida y como autocrítica de la propia obra en desarrollo. Los padres de Charo devoran libros y son, a su vez, devorados por ellos; hay continuas referencias a autores y obras literarias en paralelo a los sucesos de su propia vida. Leila confiesa que “la única casa llena de gente que vale la pena es la literatura”.

En su carta-testamento, Leila, que muere joven y se siente morir, explica que escribe a su hija porque considera que “Escribir es permanecer. Es retener, aprisionar, comprimir. Es merodear lo imposible. Escribir es el único momento de amor total hacia una misma”. Charo entiende el mensaje, recoge el testigo y se convierte en dramaturga.

Leila muere triste por no haber llegado a ser la escritora que soñó; sin embargo lo es, pues una vez que sus palabras entran en la novela, quienes amamos la literatura ya la consideramos una autora. Por eso termino sumándome al homenaje de Charo:

“Mamá hubiera dicho que la literatura es la herencia más importante.

“Mamá hubiera dicho que la literatura es la única herencia”.

“Mamá hubiera dicho que la literatura.

“Mamá hubiera dicho: Charo, la literatura.

“Mamá dijo: literatura. Eso dijo”.